

# La piel de Cartagena

José Laborda Yneva

José Laborda Yneva

Doctor Arquitecto por la Universidad de Navarra

Centro de Investigación:

Universidad Politécnica de Cartagena.

jose.laborda@upct.es

## RESUMEN

La ciudad, como casi todos los seres vivos, encuentra natural avisar de sí misma a través de la apariencia de su piel. Pero, para tener piel, la ciudad debe haber sido capaz de producir estímulos que trasciendan su interior para depositarse fuera. La ciudad orgánica proviene de la intención y del tiempo, su efecto conjunto ha dado lugar a combinaciones capaces de manifestar los tonos, matices, lisuras y relieves que subyacen en el interior de sus arquitecturas. Cartagena es una ciudad orgánica; su organicismo se manifiesta en su historia, en la superposición de sus estratos desde hace más de dos mil años. Cartagena es heterogénea, plástica, colorista y algo desaliñada. Tiene un cierto carácter colonial y decadente propio de ciudad portuaria. El mérito de su piel está en haber sido capaz de reunir el pasado y el presente en una apariencia con calidad convincente. Podríamos decir que la piel de Cartagena es sobre todo ciudadana, encontramos en ella coherencia; la piel de Cartagena es también la piel de la gente que la quiso, la piel de la ciudad que vive y deja vivir.

Palabras clave: Piel, ciudad, apariencia, organicismo, color, matiz, superposición, tiempo.

## ABSTRACT

The city, like almost all living beings, is a natural warning of itself through the appearance of your skin. But to have skin, the city must have been able to produce stimuli that transcend deposited inside to outside. The organic city comes from the intention and time, their joint effect has resulted in combinations capable of manifesting the tones, shades, swearing and reliefs underlying within their architectures. Cartagena is an organic city; its organicism is manifested in its history, in their overlapping strata for over two thousand years ago. Cartagena is heterogeneous, plastic, colorful and somewhat scruffy. It has a certain own character and decadent colonial port city. The merit of your skin is to have been able to put together the past and the present in an appearance with quality convincing. We could say that the skin of Cartagena is especially citizen find her consistency; Cartagena skin is the skin of the people who wanted, the skin of the city live and let live.

Keywords: Skin, city, appearance, organicism, color, tint, overlay, time.

**E**n la piel está la apariencia de las cosas, ellas trasladan su ser interior hacia afuera para dar una razón externa de sí mismas. Pero las cosas cuya piel vale la pena, casi siempre son complejas, por eso es tan poco fiable quedarse con la vista de una sola piel. Además, hay quienes manipulan una parte de esa piel para confundir todavía más a la gente, añaden artificio a la apariencia hasta convertir el efecto de su interior en falacia completa. Uno no puede fiarse de una sola piel si quiere comprender la ciudad; la ciudad es un ser complejo, orgánico y fascinante, un ser ebullente en continua mutación. Un ser que, como casi todos los seres vivos, encuentra natural avisar de sí a través de la apariencia de su piel, de sus pieles.

Hemos oído hablar muchas veces de la piel de la arquitectura, se ha puesto de moda no hace mucho, incluso a alguien le podría parecer que decir cosas sobre la piel de la ciudad es también una moda en lugar de ser un acto moderno. Podríamos tratar extensamente de la moda y su relación con lo moderno, pero, si lo miramos bien, llegaremos a la conclusión de que moda y moderno son términos contrapuestos, antagónicos incluso. Porque la moda es tránsito voluntario, mientras que lo moderno desea convertirse en permanente. No hay nada tan deudor de la apariencia como la moda; lo moderno, en cambio, quiere ser futuro después de haber sido presente. Nada que ver.



Así, pues, seguramente puede considerarse moderno tratar sobre lo que la ciudad es, o aparenta ser, a través de la percepción de su piel. Pero considerar que eso es moda, o que está de moda, tan sólo es una simpleza propia de gente poco avisada. Y es que nuestro presente, que casi todo lo confunde, ha dado en poner de moda el tratar de la piel de la arquitectura, como si alguien acabara de descubrir que la reunión de la textura, la luz, el color y la postura fuese un efecto independiente de su propio ser, del ser de la arquitectura. Podríamos pensar un poco en el motivo de esa manera de ver las cosas y enseguida nos daríamos cuenta de que la moda de tratar de la piel de la arquitectura no es sino una consecuencia de entender la arquitectura como moda. Estamos tal vez ante la moda de la arquitectura o, por mejor decirlo, de la arquitectura de la moda. Todo encaja bien entonces, la piel acompaña así en su caducidad a la propia arquitectura, una y otra nacieron para aparentar, consiguieron destellar por un momento pero no duraron, hubieron de dejar paso a otras pieles y otras arquitecturas ávidas que enseguida ocuparon su puesto. No es moderno eso, es seguramente la antesala de lo caduco. La moda carece de inteligencia, no busca en sus efectos otra cosa que el estímulo del instinto. Y todo el mundo sabe ya que el instinto es cosa efímera, aunque pueda ser recurrente. Así es también la moda.

FOTO 01. LA TEXTURA PRIMIGENIA DE LA CIUDAD SE MANIFIESTA EN LA DE LA PIEDRA QUE LA SOPORTA, ACOMPAÑADA TAMBIÉN POR SU PROPIA TEXTURA.

FOTO 02. ESA MISMA PIEDRA, TRABAJADA EN RÚSTICO Y PUESTA EN LOS MUROS, DA RAZÓN DE LA ARQUITECTURA Y LA PRESENCIA MILITAR EN LA CIUDAD.

La ciudad, en cambio, es otra cosa diferente, apenas hay moda en ella y, si la hay, no es frecuente que la invada toda. Porque para tratar de la piel de una ciudad, esa ciudad debe merecer tener piel, debe haber sido capaz de producir estímulos que trasciendan su interior para depositarse fuera. No nos sirven las ciudades inorgánicas, esas que carecen de poros y que son consecuencia de actos planeados o políticos; ni tampoco co las arbitrarias, que están por estar donde están, sin que nadie las haya deseado; yuxtaposiciones de conveniencias o resultados del fracaso de intenciones inexpertas.



FOTO 03. OTRA COSA ES LA PIEDRA ARQUITECTÓNICA, CULTA, DOMINADA Y BIEN TRABAJADA.

FOTO 04. LA PIEDRA DE LOS PAVIMENTOS MERECE TENER OTRO TAMAÑO Y OTRA TEXTURA, DEBE ADAPTARSE A LAS ONDULACIONES DEL SUELO QUE CUBRE.



### La ciudad orgánica

Las arquitecturas se depositan en la ciudad orgánica, cada una con su tiempo y su pretensión, y la ciudad las acoge y las reúne, las disfruta, las tolera o las sufre, según. Y con todas ellas la ciudad ofrece a la gente una apariencia mixtilínea, multicolor y heterodoxa, su piel. En la piel de la ciudad orgánica podemos encontrar de todo, es una piel sin demasiados afeites, casi sin preparar. Porque por mucho que la ciudad se afane en parecer lo que no es casi nunca lo consigue, pronto se ve sobrepasada por su esencia real. Asistimos así al sarcasmo de esas ciudades que se acicalan sin tener costumbre; lo hacen sin método, suponiendo que alterando un poco su apariencia van a conseguir que su interior cambie de manera de ser, como ocurre cuando presenciamos los ingenuos alborozos de quienes, unos y otras, asisten disfrazados de domingo a esos actos 'sociales' que aprovechan la calle como lugar de expansión de sus encuentros.

Lo orgánico es cosa muy diferente, necesita sobre todo naturalidad, tan sólo manteniendo su ser propio puede llegar a ser sugerente. Y un ser natural no necesita afeites, de ahí su sugerente apariencia. Podríamos en este momento tratar de la sugerencia de las cosas, de ese ser sin aparentar o de ese no ser aparente siendo. También eso parece estar en desuso, lo sugerente

ya no es entendido como aliciente de las cosas sino como poquedad o escasez. Resulta divertido eso, saber que si no son excesivas y ordinarias, las cosas ya no se comprenden bien. Nada podemos hacer salvo explicarlas en el improbable caso de que a alguien le interese conocerlas mejor.

Es la acumulación o la evidencia lo que parece haber sustituido a la sugerencia: la superposición de actos semejantes en el caso de la llamada tendencia neoliberal, o la exaltación de lo velado en el de la inane actitud del inexperto. Nos encontramos así ante un nuevo concepto, la inelegancia, entendida como exaltación obscena de lo que resultaría mejor si fuese menos aparente. La ciudad se duele de eso pero el consumo aconseja proseguir, el brillo es preferido al matiz, la luz a la veladura. Nuestras ciudades han asistido a la progresiva desaparición de las hermosas pátinas de su piel en aras de una puesta al día malentendida, sin tener en cuenta que las operaciones cosméticas sobre la edad de la arquitectura afrentan a su ser mucho más que los depósitos acumulados por el tiempo.



Y es que la ciudad orgánica proviene de la intención y del tiempo, su efecto conjunto ha dado lugar a combinaciones naturales que la experiencia se ha ocupado de perfeccionar, permitiendo a la vez que la piel manifieste los tonos, matices, lisuras y relieves que subyacen en el interior de sus arquitecturas. La suma de los edificios que componen la ciudad tiene poco que ver con su piel resultante, es su síntesis combinada lo que nos interesa, su aroma. Son el tiempo y la materia los ingredientes de la ciudad orgánica, las capas sucesivas que producen los matices en el color, en el efecto de la humedad o en la transformación de la textura. Cada material cuenta con su propia capacidad expresiva, diferente a las de los otros según sea su comportamiento ante el desgaste, su capacidad para absorber los efectos de la luz o su actitud tolerante o esquiva ante la inserción del tiempo en sus poros.

FOTO 05. EN LA PIEL CONTEMPORÁNEA HAY HORMIGONES ABRUPTOS QUE ASEMEJAN BIEN LOS EFECTOS ORGÁNICOS DE LA PIEDRA.

FOTO 06. OTROS HORMIGONES HAN SIDO PREPARADOS PARA SER PIEL FINA, INCLUSO HAN RECIBIDO ATENCIONES PARA MATIZAR SUS EFECTOS.

Y, desde luego, toda ciudad orgánica posee su propia identidad en su piel, diferente a las otras. Sus huellas le son fieles cuando sabemos extraer de ella los elementos que componen su esencia, tan sólo es preciso permanecer atentos, mirar y ver cuáles son esos componentes y cuál su proporción. Considerar también la relación entre la naturalidad y la ficción en el tratamiento de las renovaciones a que la ciudad se ha visto sometida, su sinceridad, su recelo o su abandono ante la irrupción del consumo.



FOTO 07. NO HAY QUE CONFUNDIR DETERIORO NATURAL CON FALTA DE CALIDAD, A VECES LA PIEL SE DETERIORA SIN QUE EL TIEMPO HAYA INTERVENIDO.

FOTO 08. CUANDO LOS MATERIALES SON APTOS Y LA VOLUNTAD CUIDADOSA, APARECE EN LA PIEL EL EFECTO DE LA CIUDAD PERMANENTE.

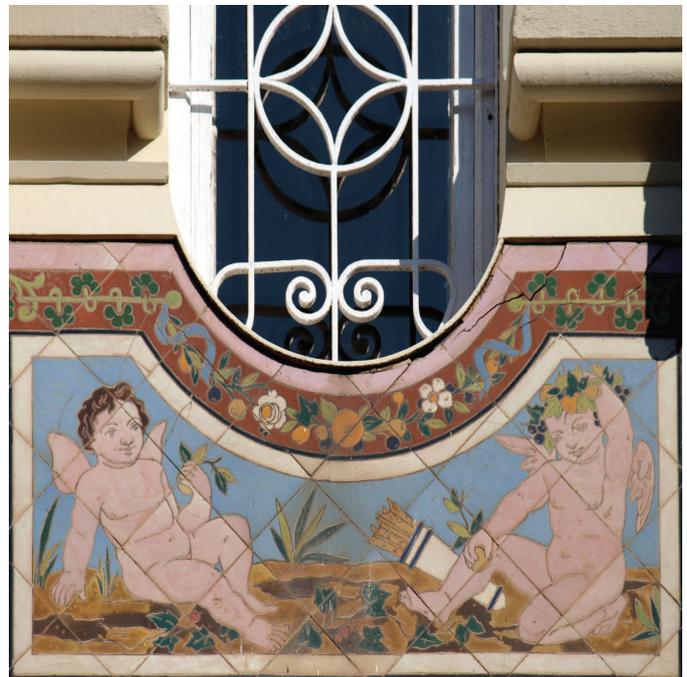
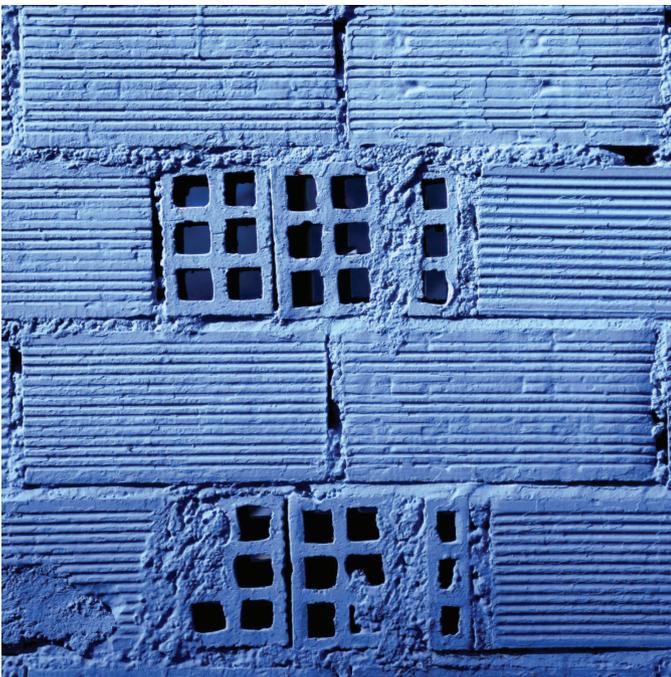
### Roma como ejemplo

Pero ¿qué es eso de ciudad orgánica? ¿Qué ciudades orgánicas podríamos encontrar? ¿Cuáles son esas ciudades elegidas que merecen que pongamos atención a su piel? Orgánica es Cartagena, desde luego; su organicismo se manifiesta en su historia sobre todo; en la superposición de sus estratos, en su continuo hacer y deshacer afanes desde hace más de dos mil años. Sin embargo, no podemos considerar a Cartagena como un ejemplo esencial, hay otras ciudades más aventajadas en eso, Cartagena es tan sólo una muestra de lo posible en el conjunto de las ciudades españolas con piel propia; una muestra completa, eso sí, pero no definitiva. Para vislumbrar de veras la trascendencia de la piel como identidad de una ciudad deberemos avanzar sobre el concepto hasta llegar a la esencia.

No deberemos ir muy lejos, ni siquiera habremos de cambiar de paisaje: la esencia orgánica de la ciudad occidental está en el Mediterráneo, como también lo está Cartagena. Hay otros mares, desde luego, también otras latitudes cuentan con hermosas ciudades orgánicas, pero su carácter apenas nos convence, carece de recorrido, su historia es reciente, no podemos encontrar en ellas la experiencia secular de la ciudad mediterránea. Sería muy largo tratar ahora de eso, de la preponderancia esencial del Mediterráneo en los actos provenientes del instinto que transformaron la capacidad de relación inteligente

de la especie humana hasta convertirla en ciudad. Deberá bastarnos con mirar a los lados y evaluar con equilibrio lo que podemos ver. Comprobaremos que una de esas ciudades mediterráneas, Roma, se alza como paradigma del carácter orgánico de toda ciudad. Su piel, sus pieles, acumuladas y superpuestas en todos los tiempos, pueden ofrecernos pistas seguras para desvelar cuantos enigmas subyagan tras la apariencia de la ciudad orgánica.

Roma rebosa textura, rebosa expresión exterior, rebosa color. Además de la forma, además de la manifestación plástica, del espacio construido que todo lo envuelve, Roma expresa en su epidermis la sabiduría del uso, la yuxtaposición de efectos minerales que el tiempo y el talento han reunido para mostrar la apariencia de las cosas. Es la piel lo que ahora nos interesa, no el espacio, ni la capacidad portante del material; es el sentido de la vista, el desarrollo del tacto en el encuentro con el detalle, con las rozaduras que toda arquitectura debe contener para ser realmente arquitectura. Y es que la textura constituye la expresión plana más inmediata de las artes, la que quienes ordenaron el espacio decidieron convertir en contacto, contacto visual y táctil, acabado superficial de las cosas. Texturas planas matizadas por las rugosidades del tiempo y el uso, por el color, por la tenue agresión del medio en que fueron depositadas.



Todo ello hace de Roma un compendio magnífico de posibilidades plásticas. Se aprecia el paso del tiempo en el desgaste, en los depósitos de partículas que incluyen su propio color en el color de la textura; también se nota el tiempo en la humedad que oscurece los tonos, los tornasola, la humedad que produce en ellos señales irregulares del proceso de su camino hacia afuera, siempre buscando evaporarse. Las humedades de Roma se manifiestan continuamente en sus muros, consiguen que la homogénea planitud del principio se convierta en una indecible paleta de matices, imposible de conseguir sin la intervención del azar. No se puede igualar a mano

FOTO 09. HAY VECES EN QUE LA NATURALIDAD DE LA PIEL, ACOMPAÑADA POR LA SENCILLEZ DEL TRATAMIENTO, PRODUCE EFECTOS SINGULARES.

FOTO 10. EN LAS CIUDADES DEL MEDITERRÁNEO, LA CERÁMICA COMPAÑA SIEMPRE A LAS OTRAS TEXTURAS Y LES PROPORCIONA INVENCION Y LISURA.

el proceso natural de la erosión de los pigmentos de Roma. Roma no sería la misma sin humedad, no cabe pensar siquiera cómo podría ser una Roma limpia y seca. Tal vez sería como un niño de pocos meses perfecto, todavía sin haber tenido la ocasión de vivir, sin las arrugas que el tiempo y la costumbre de ver y ser visto produce en la madurez.

De Roma apreciamos su madurez ante todo, la leve caída de sus párpados, de su piel antes turgente. Eso es lo que nos gusta de Roma, su tenue decadencia, sus huellas de haber vivido, de haber visto y sido vista desde todos los ángulos posibles sin perder por ello nada de su esencia; al contrario, alcanzando en su mérito matices imposibles de encontrar en la juventud. En Roma hay piedra, hay estuco, hay pintura, hay labores multiformes en sus muros. También hay ladrillo con toda su capacidad de expresar su función, de mostrar la perfección de sus fábricas vistas, los daños que el tiempo ha producido en los morteros de agarre, los espacios sin piel que dejan a la vista otras fábricas más toscas —que nunca fueron construidas para verse pero se ven ahora—, pugnando por denotar su apariencia entre los huecos del estuco o el revoco perdido, piel sobre piel hasta encontrar el soporte último.

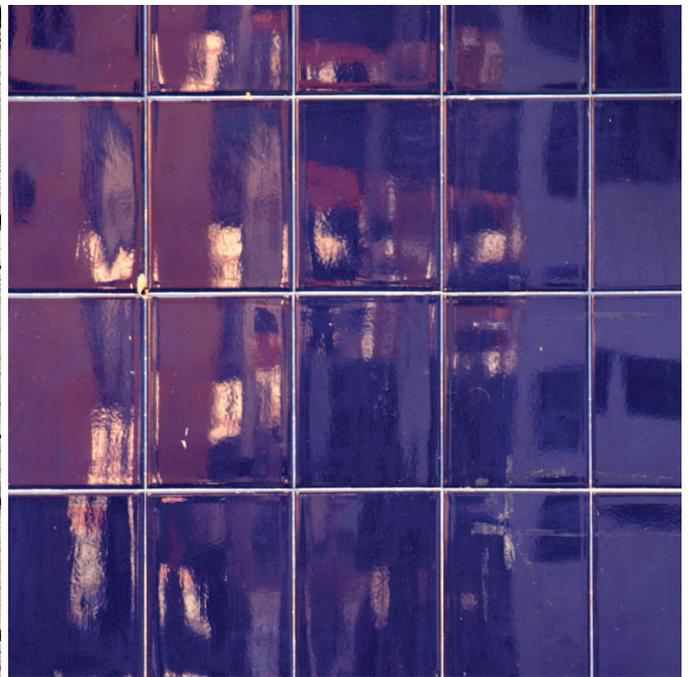


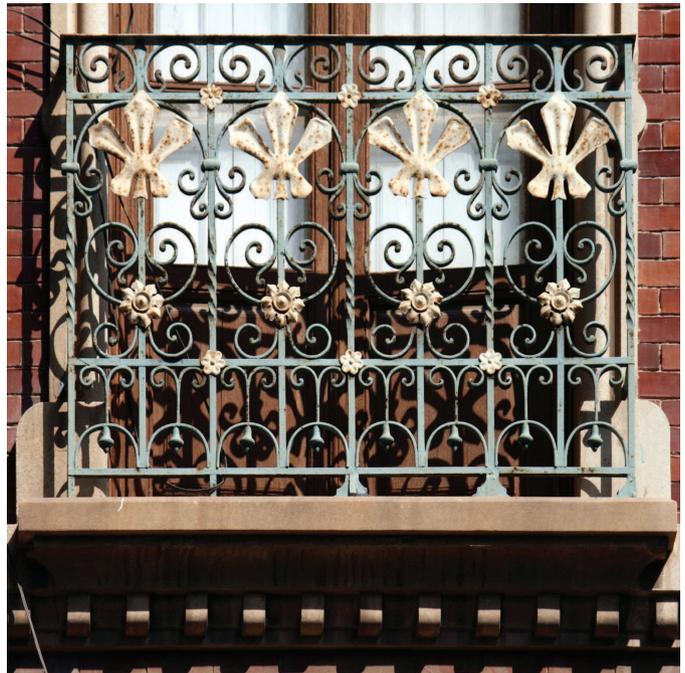
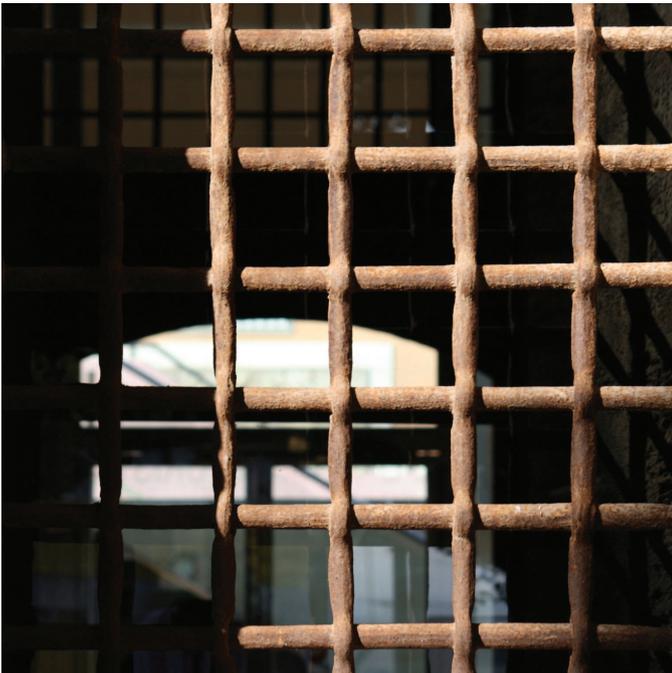
FOTO 11. HAY VECES EN QUE LA AUSENCIA SE CONVIERTE EN PIEL, DEJA SUS HUELLAS Y AVISA DE LO QUE LA CIUDAD HA PERDIDO.

FOTO 12. OTRAS VECES, LA PIEL LISA Y COMPLETA RECIBE LOS REFLEJOS TORNASOLADOS DEL LUGAR Y DESTACA POR SU ESMERADA APARIENCIA.

Lo mismo ocurre con la cal cromática de los muros, con esos tonos ocres, siempre los mismos y siempre distintos, que contribuyen a que Roma —Italia toda— tenga un color inconfundible, cálido, expertamente combinado con la gama de los verdes y tierras que el paisaje contiene. El pigmento, superpuesto al revoco, constituye la apariencia más abundante de Roma, repleta de variantes cromáticas. El color de Roma viene a ser el de la arcilla licuada, extendido sobre esa otra arcilla endurecida que forma los muros. Siempre lo mismo, siempre el material al alcance de la mano combinado de tal manera que la armonía lo penetre todo, que la arquitectura participe del paisaje primigenio

en su función de cobijar y en su color, para ser vista por ojos acostumbrados a mirar el paisaje sin sobresaltos. Colores yuxtapuestos una generación tras otra con la misma intención de formar paisaje.

¿Por qué habría de variarse el tono? La creatividad no reside en la ruptura, en probar ahora lo desechado antes por la sabiduría de la costumbre. La creatividad estriba en que lo reciente mejore o al menos iguale lo que ya estuvo bien hecho; lo contrario sería petulancia, deseo de protagonizar el presente mediante gestos impropios sobre un pasado que no nos pertenece. Por eso la pintura de Roma, el color de Roma mantiene su cadencia cálida, ocre, arcillosa, combinada sabiamente con los colores del ladrillo, resaltada cuando conviene mediante los tonos mates del blanco poroso del travertino. Combina muy bien eso, también el travertino forma parte del color de Roma, el travertino como expresión material de la solvencia, del poder, del deseo de perdurar es uno de los síntomas de la Roma eterna.



Hay en Roma mucho deseo de perdurar, que inevitablemente se manifiesta en la arquitectura. La arquitectura ha ayudado siempre a mantener la memoria de quienes desearon perdurar. Y lo ha hecho construyendo espacios inútiles para casi todos, sobre todo para las gentes que ahora los contemplan extasiados. ¿Qué ha quedado de los espacios destinados al cobijo de las docenas de generaciones que precedieron a esas gentes? Nada, o casi nada. Tan sólo perdura la arquitectura del poder, no la de la gente. En ello estriba la inutilidad de la arquitectura. Pero eso es largo y nos aparta de nuestra intención de evaluar la textura, no es éste el momento de tratar sobre la razón de la arquitectura, tan sólo nos ocupamos de su planitud, de los matices contenidos en esos retazos en dos dimensiones que constituyen la textura.

Revocos, pintura, travertino, ladrillo. También hay madera en la textura de Roma; y hierro, aunque ambos resulten un poco menos perceptibles:

FOTO 13. HAY EN EL HIERRO URBANO UNA DOBLE CAPACIDAD DE RESISTENCIA Y TEXTURA, ACOMPAÑADA CASI SIEMPRE POR LA LEVE EROSIÓN QUE SOPORTA.

FOTO 14. EL PASADO RECIENTE DE LA PIEL DE CARTAGENA SE MANIFIESTA SOBRE TODO EN EL EFECTO ALGO DESGASTADO DE SUS ARTESANÍAS.

hay que buscarlos con mayor atención pero se encuentran y participan también del mismo aroma embebido en el paisaje. Encontramos las texturas de la madera en los troncos de los árboles, en las puertas, en las esbeltas persianas de láminas horizontales, en algunos pavimentos. El hierro está en las planchas enmohecidas, y el bronce en las lápidas. Todo ello forma parte también del color, de la piel de Roma; son como toques oscuros insertados en el ambiente de los colores cálidos de la arcilla y en los verdes naturales del paisaje. Son también arquitectura esencial, arquitectura que ve y desea ser vista, complemento eficaz del esfuerzo del hombre por dominar los materiales a su alcance.



FOTO 15. LA SEGUNDA PIEL SE APROVECHA CON FRECUENCIA DE LA MADERA Y EL CRISTAL Y PROPORCIONA EFECTOS PERMEABLES DE GRAN CALIDAD.

FOTO 16. LAS IRUPCIONES IMPREVISTAS EN LA PIEL ORGÁNICA DAN LUGAR ALGUNAS VECES A RESULTADOS QUE AÑADEN SUGERENCIAS A LA CIUDAD.



Otra cosa son los mármoles, los mármoles son el cénit de lo superficial, el más acabado ingenio para manipular la naturaleza en provecho de la perpetuidad. Los mármoles pulimentados casi nunca se encuentran expuestos al exterior, perderían su capacidad lisa de sugerir grandeza a través de su expresión cromática natural. En los mármoles casi no hay textura, ni imperfecciones, ni apenas deterioro. Los mármoles se conservan dentro de los espacios ordenados por la arquitectura. Sin embargo, también Roma se identifica a través de sus mármoles. Los hay de todos los colores, con todas las combinaciones químicas posibles, los encontramos en sitios donde fueron colocados para ser vistos y tocados por quienes ya penetraron en la arquitectura. Porque una cosa es la textura exterior, la que cualquiera puede ver y tocar, la textura destinada a sobrevivir al clima, a entremezclarse con él hasta hacer suyos sus matices y otra diferente es la textura interior, la reservada a los elegidos que permitieron a otros participar de la arquitectura que desearon perdurable para sí.

También los mármoles forman parte de Roma, pero ¿cuál es el interior de los mármoles? Sin duda es lo mismo que su apariencia superficial, lo mismo unos milímetros más adentro, lo mismo unas pulgadas después, no

hay en ellos sino dureza y color, pero no hay vida, tan sólo capacidad mineral cromática. Así son los mármoles verticales, inútiles, inmerecidamente hermosos como lo también lo es con frecuencia la arquitectura del poder. Otra cosa son los mármoles horizontales, esos sí que son textura, están colocados donde deben, para ser pisados, para que su dureza resulte útil, para aceptar rozaduras, erosiones, roturas, para manifestar su desgaste. Hay magníficas texturas en la Roma horizontal, esa Roma levemente ondulante que no encuentra necesaria la planitud para ser hermosa. Son los mármoles exteriores lo que interesa ahora, los mármoles horizontales sobre los que llueve y la gente pasa y las cosas se depositan, esa es la utilidad de los mármoles y en ella reside su belleza añadida. No todos los mármoles sirven para eso, tan sólo los más fuertes, los que desempeñan un servicio semejante al de los muros aunque no deban resistir como ellos las cargas de la arquitectura, sino las de la gente. Es una hermosa función la de resistir el peso de la gente; tal vez quienes decidieron que sus tumbas dentro de las iglesias estuvieran depositadas en la superficie horizontal del suelo sabían eso. Fueron poderosos, pero también prudentes y pensaron que lo mejor para ellos era que las gentes pisaran sobre sus sepulturas hasta hacer irreconocibles sus nombres, su memoria. Desearon que sus mármoles sin vida fuesen desgastados por el leve paso de la vida sobre ellos. Esas son las texturas que nos interesan, las que denotan vida.



Tal vez este breve compendio de las texturas de Roma nos reconcilie con la arquitectura sobreabundante de la ciudad, con su inmoderado deseo de conseguir posteridad. La de la textura es una Roma pequeña, sin grandiosidad aparente, la Roma de las superficies matizadas. Pero, ¿sería Roma la misma sin esos matices que la vida proporciona? Seguramente no, encontraríamos una grandeza sobrecogedora, sin resquicios humanos, sin motivo, un paisaje estéril donde lo imperfecto no tendría cabida. Pero la belleza está sobre todo en la proporción de las cosas, no en la perfección. Hay tanta belleza al menos

FOTO 17. SE DIRÍA INCLUSO QUE LOS EFECTOS DE LA TEXTURA DE LA PIEL ORGÁNICA SON UNO DE LOS MEJORES ARGUMENTOS PLÁSTICOS DE LA CIUDAD.

FOTO 18. CUANDO LA ARQUITECTURA TERMINA, EN CAMBIO, SU INFUNCIÓNALIDAD PUEDE LLEGAR A CONVERTIRSE EN HISTORIA SUPERPUESTA.

en esos retazos inconexos que componen la piel de la grandeza como en la propia expresión de esa grandeza. Una belleza distinta, humana, fabricada por el hombre y para el hombre, una belleza en la que el azar interviene y penetra por sus poros para que el acuerdo con el entorno contribuya al reconocimiento de la identidad frágil y perdurable de la gente. Es la Roma perdurable la que se manifiesta en su piel, la Roma humana, la que consigue convertir lo mineral en orgánico a fuerza de desear vivir.

### Cartagena

Somos ya expertos en ciudades orgánicas, conocemos Roma. Nos va a resultar sencillo trasponer a Cartagena los invariantes que definen ese carácter singular que poseen las ciudades merecedoras de que alguien se ocupe de explicar su piel.



FOTO 19. MIENTRAS TANTO, EL COLOR, EL DESGASTE Y EL DESCUIDO SON FACTORES ESENCIALES EN LAS CIUDADES ORGÁNICAS, UNOS Y OTRAS SE NECESITAN.

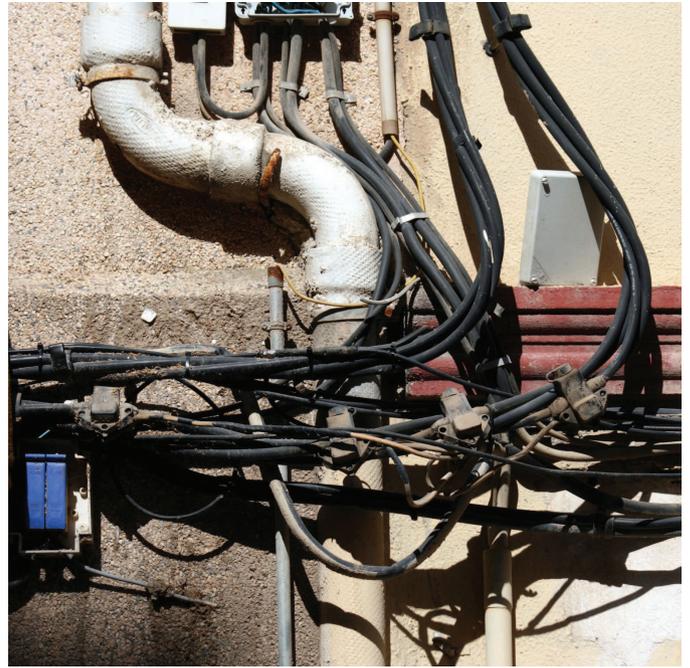


FOTO 20. HAY TAMBIÉN OTROS DESGASTES, LOS DE LAS IRRUCCIONES CONTEMPORÁNEAS SIN ORDEN, SÍNTOMAS DEL DETERIORO CONSCIENTE.

Como toda ciudad orgánica, Cartagena es heterogénea, plástica, colorista, rugosa, algo desaliñada y, en cierto modo, indolente. Pero debemos avisar de que todo ello atañe, como es natural, a la Cartagena histórica, la que suma experiencias perdidas en el tiempo. La Cartagena del Ensanche es una ciudad reciente y corriente, sin atributos que mencionar; es como cualquier ciudad española que pueda haber crecido y vivido en la segunda mitad del siglo XX. España está llena de ensanches así, semejantes entre sí, identificables según sea o haya sido la actitud de quienes los han construido. Intervienen en sus apariencias al principio los materiales del sitio y los usos constructivos heredados, se nota también en ellos la procedencia rural o urbana de sus ocupantes, sus costumbres de haber visto cosas o de ignorarlas, sus ganas de aparentar o sus actitudes ramplonas, según los barrios. Luego, al final del siglo XX, las cosas se unifican más, la arquitectura se vuelve corriente y convencional, pierde su identidad, por así decirlo; aparecen nuevos materiales, los oficios se pierden, la sociedad se aliena progresivamente, todo empieza a dar más o menos igual.

Cabe también ver en los ensanches sin piel las intenciones de quienes los promovieron, su grado de voluntad de especular con la gente o su decidida actitud de someterla. Hay ensanches terribles en las ciudades históricas de toda la Europa sometida por la Unión Soviética, por ejemplo. Y también hay docenas de barrios risueños y optimistas en muchas ciudades centroeuropeas, de esos en los que a uno no le importaría vivir. Hay también ensanches inhóspitos en los arrabales de las grandes capitales de la Comunidad Europea, sitios fabricados en serie, habitáculos indiferenciados donde la gente trata de vivir en paz. También es largo de contar eso, tan sólo nos interesa como ejemplo de lo que pueden llegar a ser las ciudades sin piel.



En España las cosas son más castizas, como también lo somos nosotros. Nuestros ensanches sin piel son variopintos y hasta cierto punto bien-intencionados. Lo que ocurre es que les falta planificación y, con frecuencia, carecen de gracia. La Cartagena del Ensanche es un poco así, hace lo que puede, combina sus circunstancias como mejor le parece, pero no cabe identificar la ciudad a través de su presencia. Podría estar donde está o en casi cualquier otro lugar de España.

La Cartagena con piel, en cambio, si se la mira con intención, tiene un cierto carácter colonial y decadente propio de ciudad portuaria. Recuerda en pequeño, por ejemplo, a ciertas partes de Lisboa o de La Habana, ciudades también intensamente orgánicas y con pieles respectivas colmadas de sugerencias. Resulta notable que Cartagena, con ser intensamente mediterránea y participar del mismo aroma que Roma, pueda parecerse ahora a esas ciudades atlánticas.

Será eso por el mar, tal vez, o acaso por los tonos suaves de sus casas, ajenos en Cartagena a los blancos del Mediterráneo. No podemos saber cómo fue la piel de la Cartagena mediterránea, está detrás de la que hoy aparenta. Podríamos decir que la antigua Cartagena casi no se ve, velada como está por

FOTO 21. HAY CON FRECUENCIA CONCORDANCIAS VERTICALES ENTRE LA NATURALIDAD DEL LUGAR Y LA OTRA NATURALIDAD DOMINADA DE LOS FONDOS.

FOTO 22. LAS CONCORDANCIAS HORIZONTALES NECESITAN DEL CONTRASTE ENTRE LOS MATERIALES, NO SON NATURALES PERO APOYAN EL EFECTO URBANO.

la ciudad aparente que la burguesía emergente del periodo entre los dos siglos pasados decidió poner sobre ella.

Y es que la ciudad oculta, aunque la sepamos orgánica, no puede ser considerada en su piel con el mismo derecho que la ciudad aparente; lo que cuenta es siempre lo visible, la epidermis, la capa de arriba sobre las otras que la soportan. Roma juega con ventaja en eso, su potencia ha permitido que la piel tan sólo sea la compañía de su mérito, lo visible en ella coincide con lo que en otras ciudades permanece oculto. En Cartagena, en cambio, la potencia y la piel están mucho más igualadas, hay que dar cuenta de la segunda para poder suponer la primera. Pero, a veces, esas capas de la Cartagena oculta pueden llegar a entrecruzarse, afloran como pueden tras la última. Precisamente ese es también el mérito de las ciudades orgánicas, su desgaste, su permisividad visual, la yuxtaposición del tiempo tras la apariencia. Seguramente, por muy orgánicas que puedan ser Amiens o Basilea, como ejemplo de ciudades europeas menores, no nos será fácil encontrar en ellas esas segundas pieles tras la más reciente: estarán rehechas. Es indispensable por eso practicar la sabiduría meridional del saber dejar pasar las cosas, un cierto descuido que permita mantener en su sitio las huellas del tiempo.



FOTO 23. PERO ES EL ORDEN EN EL ORNAMENTO LO QUE PERMITE LA CONCORDANCIA ENTRE LA ACTITUD ORGÁNICA DE LA CIUDAD Y LA INTENCIÓN CONSTRUIDA.

FOTO 24. LA CALIDAD ORIGINAL DE LA ARQUITECTURA AFLORA OPTIMISTA CUANDO ALGUIEN CON CRITERIO LA ENCUENTRA Y PRESERVA.

En nuestro caso, sin embargo, esa actitud no debe considerarse de mérito; al contrario, es precisamente la naturalidad, el desaliño hogareño la postura que mejores matices puede llegar a ofrecer a quienes gustan de conocer la piel de las ciudades. Lo contrario, los afeites, con frecuencia se convierten en adiciones artificiosas que al final pueden resultar patéticas. Cartagena está bien como está, con sus arrugas y sus superposiciones, su deterioro resulta atractivo a la hora de considerar los efectos tornasolados de su piel.

Si diéramos en definirla, podríamos decir que la piel de Cartagena es sobre todo ciudadana. En efecto, no hay en ella fragmentos provenientes

de grandes templos cristianos, no se ven mármoles trabajados ni tampoco ornatos solemnes, pese a un pasado que quiso nombrarla como cabeza de su diócesis. Lástima, la gente no acaba de ponerse de acuerdo sobre la fábrica de su catedral desmantelada, tuvo mala suerte el edificio. Incluso su remozado final, historicista y equívoco, falsifica todo lo que puede el pasado del templo. ¿Cuál será su piel? Tampoco hay en Cartagena —con la excepción del hermoso y reciente palacio consistorial— piezas laicas o palaciales de renombre, aunque es cierto que la permanente presencia militar en la ciudad pueda añadirle síntomas de espesor. Pero lo militar, en Cartagena, aunque aparente, persistente y esencial, fue estrictamente funcional, pura construcción por así decirlo, piedra sobre piedra sin demasiados atributos.



Luego están las pieles provenientes de los recientes hallazgos arqueológicos, pero no podemos considerarlas del todo; sería ficticio, hay mucha cosmética en ellas, necesitaríamos un capítulo entero para dar razón de lo natural y lo añadido. Y lo cierto es que Cartagena no rebosa antigüedad en su exterior, al contrario de lo que le ocurre a Roma; es romana, como también lo es episcopal o incluso militar, pero las presencias de lo Antiguo permanecen hoy veladas tras sus cofres contemporáneos, no han conseguido condicionar el palpito orgánico de su piel ciudadana. Podríamos convenir entonces que la piel de Cartagena no está demasiado influida por la grandeza, es la gente la que la ha forjado. Encontramos en ello el estimable vínculo de la coherencia, la piel de Cartagena es también la piel de la gente que la quiso, la piel de la ciudad que vive y deja vivir en este ya avanzado primer cuarto del siglo XXI.

En Cartagena es posible encontrar cuantos recursos componen la piel de las ciudades orgánicas: colores, revoco, ladrillo, cerámica, madera, hierro y desgaste; no es Roma, desde luego, pero tampoco necesita serlo. Su mérito está en haber sido capaz de reunir el pasado y el presente en una apariencia con

FOTO 25. UNA NUEVA NATURALEZA AFLORA TAMBIÉN EN LOS RELIEVES DE LA CIUDAD MODERNISTA Y AFIANZA EL CARÁCTER URBANO DE SU PIEL.

FOTO 26. ¿Y LAS FLORES? ESO ES OTRA COSA, NO ES POSIBLE PARECERSE A ELLAS, SON CAMBIANTES Y PASAJERAS, SU PIEL AFIANZA LA NATURALEZA DE LA CIUDAD.

calidad convincente. Hubo mucha energía en la ciudad industrial y minera de hace unos cien años, las artesanías ayudaron mucho a la presencia visual de la arquitectura, por todas partes aparecen vestigios de un entramado urbano solvente que asistió al desarrollo de la penúltima capa de la piel de la ciudad. Cartagena se instaló durante algunas décadas en esa manera de ser autosuficiente y optimista que la complacía, hasta que decidió traspasar su muralla y ocupar los llanos del norte. Pero las circunstancias cambiaron, la empresa común, que había llegado a ser la ciudad depositada sobre la Cartagena histórica, comenzó a decaer y hubo de buscar nuevos argumentos que ya no podrían combinarse con la ciudad decimonónica. De ahí el desgaste de la Cartagena de hoy, sus arrugas de ciudad exhausta tras haber dado a luz a la nueva Cartagena del Ensanche. Hay una elocuente naturalidad en todo ese proceso, acompañado en este caso por la dignidad de quien es tan dueño de su honroso pasado como de su decaimiento circunstancial.

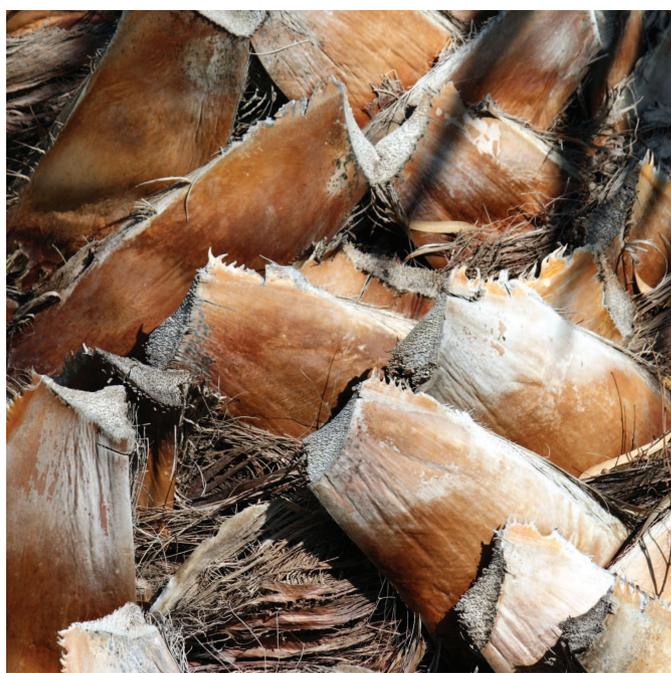


FOTO 27. EL CLIMA Y EL TIEMPO DAN LUGAR TAMBIÉN A MUESTRAS ORGÁNICAS INCONFUNDIBLES EN LA PIEL DE LA CIUDAD MEDITERRÁNEA.

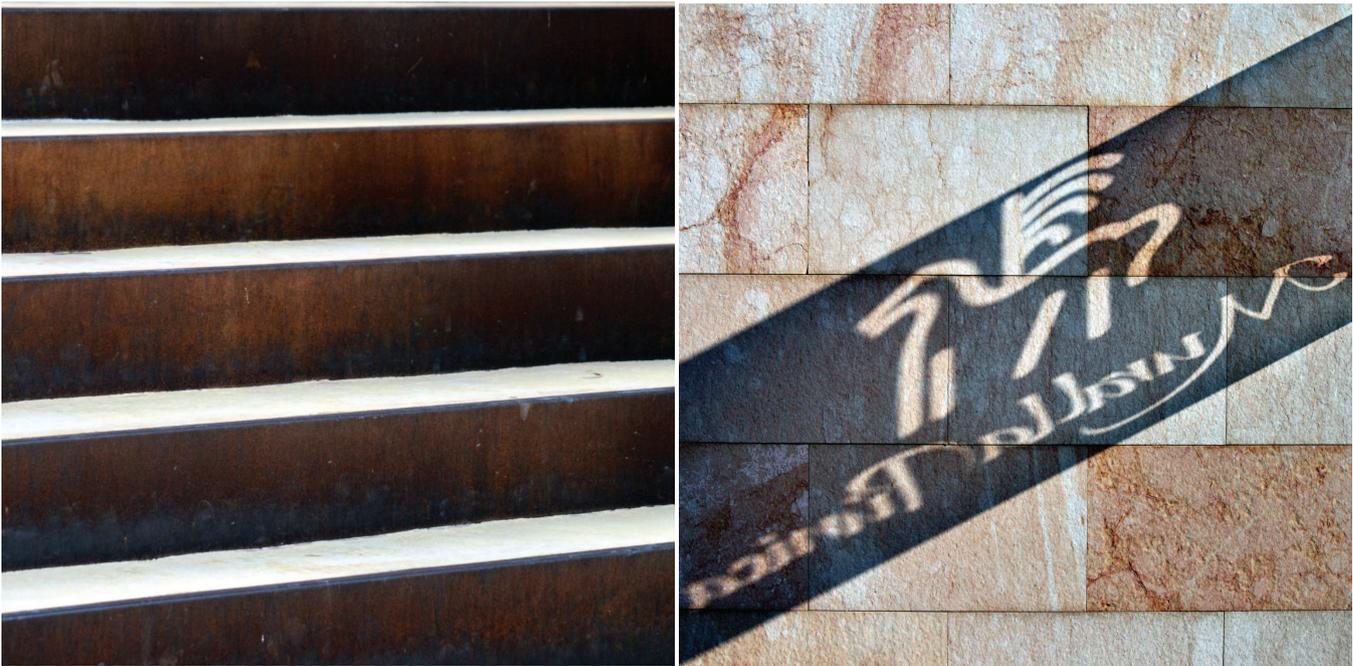
FOTO 28. COLOR, LUZ Y TEXTURA SON COMPONENTES ESENCIALES DE LA NATURALEZA ESPONTÁNEA QUE CONTIENE TODA CIUDAD ORGÁNICA.

Y luego está el mar, el mar es una de las razones de Cartagena, su razón funcional, por así decirlo. Sin el mar, Cartagena carecería de historia, nadie la hubiera pretendido, sería una ciudad corriente, de esas que casi no tienen piel. Pero el mar es cosa de mucho compromiso, es insondable, inmanente. ¿Cómo será la piel del mar? ¿Qué muestra de ella podríamos proponer? Seguramente la mejor opción sea no poner ninguna; son las otras pieles de Cartagena, pieles accesibles pese a estar superpuestas unas a otras, son las que nos van a permitir definir la ciudad. Pero ¿el mar? ¿Cuál es la piel del alma de las cosas?

La Cartagena actual, superpuesta a la ciudad que se mantiene en sus recuerdos, apenas da lugar alteraciones notables en su penúltima piel. La arquitectura contemporánea ha tratado de denotarse en la Cartagena orgánica, ha deseado incluso fundirse con ella pero su papel no ha pasado de ser compañía. Incluso podríamos demostrar que en ocasiones ha afrontado con su inexperiencia a la ciudad que acompaña, ha dilapidado sus recursos, no ha

sabido reconocer los valores del lugar, le ha faltado cultura, ha supuesto que puede dar lecciones en vez de detenerse un poco a recibirlas.

Pero la ciudad resiste bien esas agresiones, sabe que son efímeras y que no pueden extenderse hasta conseguir anularla. Está bien Cartagena como está, tan sólo necesitaría preparar un método ambiental coherente para rellenar sus huecos sin aspavientos, como hacen quienes recuperan lagunas en los lienzos de mérito. A lo lejos, esos rellenos se integran eficazmente en el conjunto; y, de cerca, tan sólo de cerca, es cuando cabe percibir que son adiciones recientes y reversibles cuya técnica y textura no interfieren en la calidad del conjunto pictórico.



### La fotografía de la piel

Podríamos convenir en que la fotografía es la interrupción artificial del tiempo. Todo se detiene un instante en ella para conseguir captar gestos y matices que seguramente jamás serán ya los mismos. ¿No lo serán? Sin duda eso ocurre cuando se trata de la interrupción instantánea de lo mudable; pero no pasa lo mismo cuando lo que se capta es lo mineral, lo inerte. En la piel de la ciudad, sin embargo, lo mineral y lo orgánico se confunden con frecuencia; los matices de su arquitectura casi nunca son del todo inertes, tienen vida, y la fotografía consigue interrumpir al mismo tiempo la materia y el aliento. Naturalmente, hay que acercarse para conseguir captar la vida cercana que queda diluida cuando a la ciudad se la mira desde lejos. Es el detalle de las cosas lo que demuestra su palpito, la cercanía, la piel que manifiesta texturas aparentemente en reposo, aunque resultarían impensables en su efecto si en ellas no hubiese intervenido el tiempo, la acumulación de la incertidumbre orgánica y versátil de la vida.

Sin duda esa es una forma de captar la realidad, de dejar de lado por un momento el escenario de la arquitectura que dibuja el paisaje urbano, para

FOTO 29. CON FRECUENCIA, LA SOMBRA INESTABLE DE LA ARQUITECTURA SE CONVIERTE EN UN EFECTO EPIDÉRMICO. NO ES CIUDAD, ES FICCIÓN.

FOTO 30. OTRAS VECES, LA PIEL SUAVE DE LOS APLACADOS CONTEMPORÁNEOS CONTRASTA CON EL ESPESOR ORGÁNICO DE LAS RUINAS QUE PROTEGEN.

detenernos en las cercanías constantes y cambiantes que producen sorpresa cuando la atención se nutre del pasar pausado. Nada hay tan sencillo como ver la ciudad a pocos centímetros, desde nuestra distancia de caminantes. La ciudad nos muestra entonces su envoltorio real, abstracto y nítido al mismo tiempo, tan diferente de esas otras imágenes lejanas que perciben perfiles y perspectivas y convierten la arquitectura en un conjunto mineral inevitable. Tal vez no estemos demasiado acostumbrados a esta forma de ver, precisamente por cercana y evidente; pero el efecto que consigamos puede llegar a convertirse en uno de los resultados más plásticos que podamos suponer. Tan sólo hemos de elegir entre semejanzas, captar el latido de los muros y los suelos, envoltorio común y cercano de la ciudad.

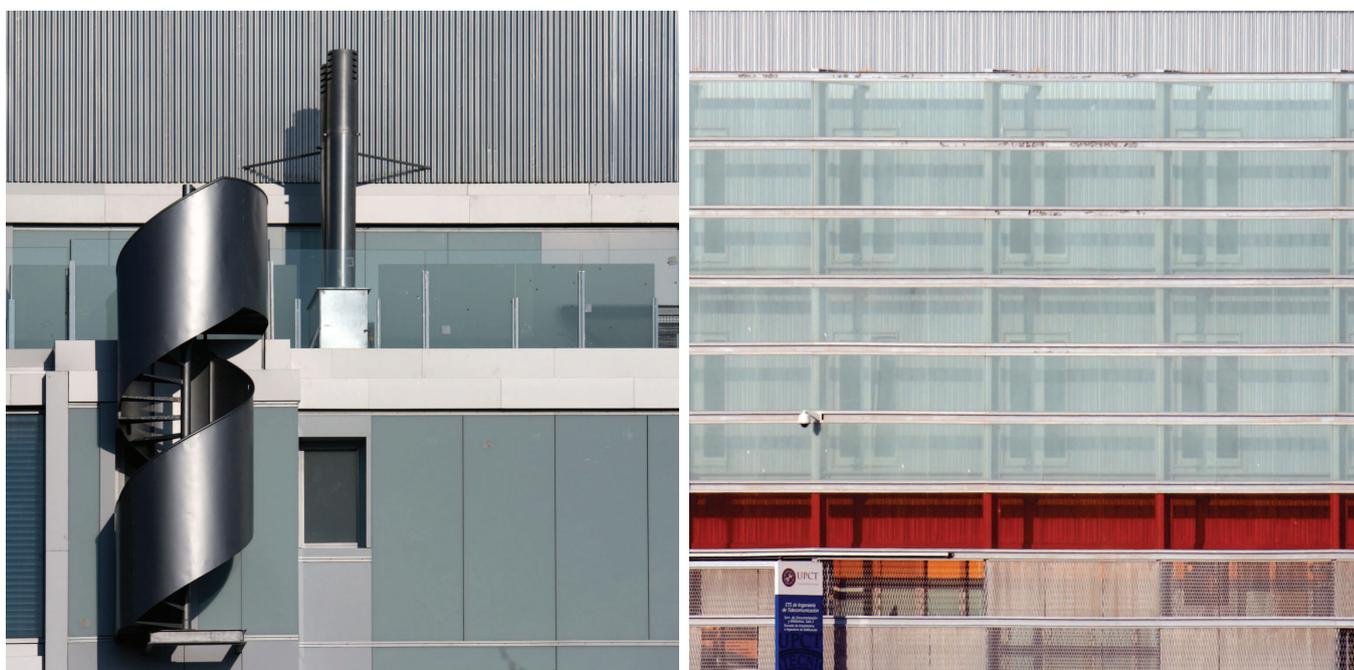


FOTO 31. LA IRRUPCIÓN DE LAS NUEVAS ARQUITECTURAS TRATA DE INTRODUCIR EN LA CIUDAD EFECTOS FUNCIONALES ARTIFICIOSOS.

FOTO 32. LA FALTA DE ESPESOR DE LA ARQUITECTURA CONTEMPORÁNEA, SU CARÁCTER EFÍMERO, PERMITE LA DUDA DE SI SU PIEL SERÁ TAN SÓLO UN SÍNTOMA.

Los arquitectos podemos contarnos entre los caminantes que miramos de cerca, habituados y hartos tal vez del efecto escénico de la arquitectura que puede verse desde lejos. Damos por supuesto el conjunto de las cosas y nos detenemos en el detalle, pero sin que eso sea nada más que una forma del mirar, una costumbre. Necesitamos saber cómo cuál es la razón por la que las cosas son como son, además de parecer los que parecen. En el caso la ciudad orgánica, la costumbre de ver se convierte para nosotros en una opción mixta entre arquitectónica y táctil, semejante acaso a la de los viajeros que en el Setecientos miraban y, si sabían, dibujaban cuanto veían. Pero nuestro tiempo cuenta con otras técnicas para ver; son éstas las que deben utilizarse, no tendría sentido ahora dibujar peor lo que otros ya hicieron minuciosa y detenidamente en el pasado. Sí podemos, en cambio, captar el instante, el color, la textura, elegir entre cuanto encontramos insinuante y encerrarlo en nuestra cámara para que luego la luz nos permita contemplarlo de nuevo. Es otra cosa que el dibujo, desde luego, pero está al alcance de cualquiera que sepa mirar. Además, cada fin tiene sus medios y cada tiempo sus empeños.

\* \* \*

Tomé estas fotografías de la piel de Cartagena —docenas de ellas— nada más llegar a la ciudad en otoño de 2009, en cuanto pude apreciar su elocuente carácter orgánico. Las ordené por motivos, por sugerencias, por concordancias y compuse con ellas una a modo de nueva historia de la ciudad. No son en cierto modo fotografías de arquitectura, son imágenes que pretenden evocar el pasado y el presente de una ciudad orgánica a través de su apariencia, de la suma y la combinación de trocitos de su piel. Son fotografías sin efectos, sin preparar, naturales y directas como corresponde a la espontaneidad del modelo. Hubiera sido incoherente disponer artificios para captar lo evidente; la piel de la ciudad se distingue precisamente por su palpito, lejos de esas otras posturas manipuladas que a veces confunden la imagen de la arquitectura con la de la moda, ya hemos hablado de eso.

Nada semejante a este acopio se había hecho antes, las imágenes participan de la sorpresa de la ciudad; son, tal vez, una manera diferente de verla y describirla. También en eso consiste la investigación positiva sobre la arquitectura, no todo va a ser revisar archivos o establecer acuerdos más o menos bien traídos entre asuntos inexpugnables. Se trata esta vez de la aportación de un material original, obtenido y puesto en orden con la intención de encontrar una sugerencia teórica y plástica capaz de reunir en sí el comportamiento vital de la ciudad a través de sus expresiones aparentes.

Cartagena no ha cambiado mucho en estos pocos años, aunque sí lo suficiente como para que el componente orgánico de su piel denote diferencias. Y es que la ciudad, pese a su apariencia escénica constante, modifica continuamente su epidermis con pequeños actos de vida que diluyen los colores, superponen roces, modifican humedades y reemplazan los brotes y adherencias de sus paredes y suelos. Esa es la piel de Cartagena, cercana, plástica, abstracta, vital, contrapuesta en cierto modo a esa otra presencia lejana que permanece casi inalterable. Se trata de la identidad próxima de Cartagena, un reflejo inequívoco que no puede ser confundido con el de ninguna otra ciudad. La secuencia de esas imágenes cercanas, casi impúdicas, resulta así evidente; no cabe duda en ellas, es Cartagena.

Y, desde luego, ha sido muy grato para mí preparar esta selección de las imágenes de la piel de Cartagena y componer el texto que las acompaña como cálido recuerdo del mérito del profesor Elías Hernández Albaladejo, nuestro querido amigo, tan unido con Cartagena y tan cercano a la historia de su arquitectura. ■

